

LA BROMA.

Año I.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardon para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Diciembre 29 de 1877.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... 6 hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. II.

Ropa vieja.

Una astucia de Abascal.

(Tradicion)

A GASPAS RIVADENEIRA.

I

Que el excelentísimo señor virey Don Fernando de Abascal y Souza, caballero de Santiago y marqués de la Concordia, fué hombre de gran habilidad, es punto en que amigos y enemigos, que alcanzaron á conocerlo, están de acuerdo. Y por si alguno de mis contemporáneos lo pone en tela de juicio, bastaráme, para obligarlo á arriar bandera, referir un suceso que aconteció en Lima, á fines de 1808, es decir, cuando apenas tenía Abascal año y medio de ejercicio en el mando.

Rejidor de primera nominacion, en el Cabildo de esta ciudad de los Reyes, era el señor conde de... ¿de qué? no estampo el titulo por miedo de verme enfrascado en otro litijio *pati-gallinresco*... Llamémoslo H...

Su señoría el rejidor H... era de la raza de las cebollas. Tenia la cabeza blanca y el resto verde, esto es, que apesar de sus canas y achaques, todavía galleaba y se le alegraba el ojo con las tataranietas de Adan. Hacía vida de solteron, tratábase á cuerpo de príncipe, que su hacienda era pingüe, y su casa y persona estaban confiadas al cuidado de una ama de llaves y de una legion de esclavos.

Una mañana, cuando apuraba el señor conde la jícara del sabroso chocolate del Cuzco con canela y vainilla, presentósele un pobre diablo, vendedor de alhajas, con una cajita que contenia un alfiler, un par de arracadas y tres anillos de brillantes. Recordó el sugeto que la Pascua se aproximaba y que, para entónces, tenia compromiso de obsequiar esa frusleria á una chica que lo traía engatusado. Duro mas, duro ménos, cerró trato por doscientas onzas de oro, guardó la cajita y despidió al mercader con estas palabras:

—Bien, mi amigo, vuélvase usted dentro de ocho dias por su plata.

Llegó el dia del plazo, y tras este otro y otro, y el acreedor no lograba hablar con su deudor, unas veces porque el señor habia salido, otras porque estaba con visitas de gente de copete y, al fin, porque el negro portero no quiso dejarlo pasar del zaguan. Abordólo, al cabo, una tarde en la puerta del Cabildo, y á presencia de varios de sus colegas, le dijo:

—Dispéñeme su señoría si, no pudiendo encontrarlo en su casa, me le hago presente en este sitio, que los pobres tenemos que ser importunos.

—¿Y qué quiere el buen hombre? ¿Una limosna? Tome, hermano, y vaya con Dios.

Y el conde sacó del bolsillo una peseta.

—¿Qué es eso de limosna?—contestó indignado el acreedor—Págueme usía las doscientas onzas que me debe.

—¡Habrás visto desvergüenza de pícaro!—gritó el rejidor—Aver, alguacil. Agárreme usted á este hombre y métele en la carcel.

Y no hubo remedio. El infeliz protestó; pero, como las protestas del débil contra el fuerte son agua de malvas, con protesta y todo fué nuestro hombre por veinticuatro horas á chirona, por desacato á la caracterizada persona de un municipal ó *municipillo*.

Cuando lo pusieron en libertad, anduvo el pobrete con su queja de Caifás á Pilatos; pero, como no presentaba testigos ni documento, lo calificó uno de loco y de otro bribon.

Llegó el caso á oídos del virey, y este hizo ir secretamente á Palacio á la víctima, la interrogó con minuciosidad y le dijo:

—Vaya usted tranquilo y no cuente á nadie que nos hemos visto. Le ofrezco que para mañana, ó habrá recobrado sus prendas ó irá por seis meses á presidio como calumniador.

II

Exceptuando las noches de teatro, al que Abascal solo por enfermedad ú otro motivo grave dejaba de concurrir, recibia de siete á diez, á sus amigos de la aristocracia. La linda Ramona, aunque apenas frisaba en los catorce años, hacía con mucha gracia los honores del salon, salvo cuando veía correr por la alfombra un ratoncillo. Tan melindrosa era la mimada hija de Abascal que su padre prohibió quemar cohetes á inmediaciones de Palacio, porque al estallido acometian á la niña convulsiones nerviosas. Repulgos de muchacha engreida! Corriendo los años no se asustó con los mostachos de Pereira, un buen mozo á quien mandó el rey para hacer la guerra á los insurgentes y que no hizo en el Perú mas que llegar y besar, conquistando en el acto la mano y el corazon de Ramona y volviéndose con su costilla para España! ¡Buen calabazazo llevaron todos los marquesitos y condesitos de Lima que bailaban por la chica el agua de nieve!

Aquella noche concurrió, como de costumbre, el conde de H... á la tertulia palaciega. El virey agarróse, mano á mano, en conversacion con él, pidióle un polvo y su señoría le pasó la caja de oro con cifra de rubies. Abascal sorbió una narigada de rapé y, por distraccion sin duda, guardó la caja ajena en el bolsillo de la casaca.

Derepente Ramona empezó á gritar. Una arañita *morroñosa* se paseaba por el raso blanco que tapizaba las paredes del salon, y Abascal, con el pretesto de ir á traer agua de melisa ó el frasquito del vinagre de los siete ladrones, que es santo remedio contra los nervios, escurrióse por una puercecita, llamó al capitán de la guardia de alabarderos y le dijo:

—Don Carlos, vaya usted á casa del conde de H... y dígale á Conce, su ama de llaves, que, por señas de esta caja de rapé que dejará usted en poder de ella, manda su patron por la cajita de alhajas que compró hace quince dias, pues quiere

enseñarlas á Ramoncica que es lo mas curioso que en mujer cabe.

III

A las diez de la noche regresó á su casa el conde de H... y la ama de llaves le sirvió la cena. Mientras su señoría saboreaba un guiso criollo, Doña Conce, con la confianza de antigua doméstica, le preguntó:

—¿Y qué tal ha estado la tertulia, señor?

—Así, así. A la cándida de Ramona le dió la pataleta, que eso no podía faltar. Esa damisela es una Doña Remilgos y necesita un marido de la cáscara amarga como yo, que con una paliza á tiempo estaba seguro de curarla de espantos. Y lo peor es que su padre es un viejo pechugon, que me *codé* un polvo y se ha quedado con mi caja de los dias de fiesta.

—No, señor. Aquí está la caja, que la trajó uno de los oficiales de Palacio.

—¿A qué hora, mujer?

—Acababan de tocar las ocho en las Nazarenas, y obediendo el recado que usted me enviaba le dí al oficial la cajita.

—Tú estás borracha, Conce. ¿De qué cajita me hablas?

—¡Toma! De la de alhajas que compró usted el otro dia.

El conde de H... quedó como herido por un rayo. Todo lo habia adivinado.

A los pocos dias emprendió viaje para el Norte, donde poseia un valioso fundo rustico, y no volvió á vérselo en Lima.

El caballeroso Abascal recomendó al capitán de alabarderos y al dueño de las alhajas que guardasen un profundo secreto; pero la historia llegó á saberse, con todos sus pormenores, por aquello de que, secreto de tres, vocinglero es.

RICARDO PALMA.

Lima, Diciembre 20 de 1877.

Variedades.

De la Circuncision á San Silvestre.

(A BENITO NETO.)

Mejor que el agua es el vino
En pudiéndose escoger;
Mas, pobre y rico á la fuente
Marchan, si aprieta la sed,
Y beben donde bebieron
El asno, el cerdo y el buey,
Lo que indica *claris verbis*
La verdad del dicho aquel:
“Nadie con soberbia diga
De esta agua no beberé.”

I.

ANTANO.

En uno de los mas elegantes salones del mas elegante de los hoteles de esta tres veces coronada ciudad de los reyes del Perú, profusamente iluminado, (el salon y no el Perú), se encontraban

reunidos hasta media docena de alegres jóvenes de la buena sociedad limeña (y digo *hasta*, porque deseo absolutamente prescindir de todo lo que no se refiera al sexo fuerte y feo, allí existente, y porque los ángeles caídos mejor se están allá en el Tártaro que en mi cuento).

Los restos de una cena opípara, veíanse sobre la mesa, especie de campo de batalla donde las botellas á medio vaciar formaban el ejército vencedor y las que yacían por el suelo, el vencido.

La animación había llegado á su mejor momento; los espíritus alcanzaban aquel grado de lucidez inexplicable, que alijera la sangre, aguza el entendimiento, facilita la palabra y mueve, excita, arrastra á la espansion y á la confidencia.

Todos hablaban á la vez; las bromas, las indirectas, las pullas lanzadas de parte á parte y celebradas con francas y sonoras carcajadas, formaban una barahunda.

—Al orden, exclamó Pedro, golpeando sobre una copa para imitar el sonido del timbre. Es menester no olvidar las fórmulas parlamentarias. Que el que quiera abusar de la palabra, la pida y los demás le oigan sin interrumpirlo. Me invisto, señores, con la presidencia obedeciendo la voluntad popular que me impone este sacrificio.

—Magnífico, saltó Andrés, y aunque yo podría.....

—Me permitiré hacer notar á V. S. que no ha pedido la palabra.

—Sí, mas tampoco V. E. pidió la presidencia; pero, yo pertenezco al partido de los hechos consumados y me avengo á pedirla; la pido, excelentísimo señor.

—Se aprecia la conducta del preopinante y se le concede la palabra.

—La aurora, señores, del primer día del año de gracia próximo, no tardará mucho tiempo en enviarnos por las ventanas de este agosto recinto, sus azulados y ténues rayos (Parece que me explico, eh?)

(Voces — bien, bien — el presidente golpea la copa).

—Propongo, pues, que todos y cada uno de los que nos hallamos presentes, expongamos siquiera á grandes rasgos, el plan de vida que nos proponemos observar en el trascurso del nuevo año, y que el día de San Silvestre, último del año, nos reunamos otra vez, como hoy, en fraternal congreso para juzgarnos mutuamente, observando quién tuvo mas carácter para cumplir sus propósitos, quién mas fortuna en sus empresas, quién mas contratiempos y contrariedades, mas audacia y mayor entereza segun los casos.

Todos—aprobado, aprobado—el presidente golpea su copa hasta romperla.

—S. E.—Puesto que la mocion del hermano Andrés ha encontrado tan general éco en la asamblea, me adhiero á ella y lo nombro Secretario para que tome por escrito razon de los propósitos de cada hermano. Prévía esta medida de orden interior, pueden los señores comenzar: pero se exige la precision, la concision y la brevedad.

—Puede, dijo Francisco de H., consignar el señor Secretario que mis propósitos se reducen á dos: vivir y divertirme; soy rico é independiente y el mundo no es para mí campo de decepciones y contrariedades. No creó en el cansancio de los que gozan ni en la desesperacion que conduce á la tumba.

—Yo, dijo Julio, contraigo toda mi ambicion y mis esperanzas á la de poseer á la bella Elvira á quien adoro y de quien únicamente espero la fe-

licidad. Sea ella mia y vengan penas á millares.

—Bah! interrumpió Alberto N., ¡qué tontería! cifrar la felicidad en una mujer, delesnable barro, incapaz de conservar el tesoro de amor que se le entrega! Vamos, siempre he creído yo que merece la horca el hombre que se torna esclavo voluntario, pudiendo ser libre como el aire, que arroja por sí mismo la argolla al cuello y busca soberana á quien obedecer siéndole tan fácil y llano tener esclavos á quienes mandar.

Señores, yo detesto el matrimonio y me propongo en todo el próximo año, concluir una obra que al respecto tengo comenzada. Cada cual cumple un destino: el mio es quitar esa venda de los ojos de la juventud.

—Yo seré mas breve, dijo Armando, me propongo ante todo y sobre todo y á pesar de todo, hacerme rico, aunque sea preciso arriesgar el pellejo. No hay mas Dios que el oro y yo quiero ser su pontífice.

—Y yo, añadió Andrés escribiendo al mismo tiempo, me echo ciego en los brazos de la suerte; venga lo que venga y suceda lo que quiera, pues no quiero tomarme el trabajo en pensar en lo que haré mañana; el pasado pasado y el porvenir velado.

—Finalmente, dijo Pedro, yo espero en el año próximo presidir algo mas que una asociacion de amigos; tengo en mí, eso que se llama noble ambicion, y algo me dice que la llenaré satisfactoriamente.

II.

OGAÑO.

Grandes cuadros representando escenas de campo, cabalgatas y batidas de caza, adornan las paredes de una preciosa cámara, cuyas ventanas abiertas y corridos cortinajes dejan libre paso al aire fresco y embalsamado de la noche.

Al rededor de esta reducida estancia y recostados sobre blandas otomanas se encuentran diez ó doce jóvenes alegres esperando que un magnífico reloj de péndulo, al cual vuelven todos la vista, señale las doce.

Entretienen la espera apurando sendas copas del bueno del Rhin, del de Jerez y del de Oporto. Una coleccion variada de pipas regala el paladar de los aficionados al tabaco, y no faltan las aromáticas pipas turcas, cuyo depósito de porcelana descansa sobre la mesa mientras el tubo de jebe forrado en seda y rematado por una boquilla de ámbar, lleva el humo al través de un largo espacio hasta la boca de los fumadores.

De pronto, y al sonar la primera campanada, se abre la puerta y aparece nuestro conocido, el joven Pedro, presidente de aquella famosa asamblea del año pasado. Todos los rodean y descargan sobre él una lluvia de preguntas.

—Y los otros amigos? y Francisco? y Julio? y Alberto? y Armando? y Andrés?

—Ninguno ha parecido, ya lo veis; han olvidado su compromiso todos.....

—Méenos uno, dice Andrés entrando en la estancia.

—¿Pero y qué es de los otros? ¿cuál ha sido su suerte?

—¡Pish! dijo Andres, la historia es corta y os la referiré de coro.

El pobre Francisco, que como sabeis, era un excelente chico y pensaba llegar á viejo gozando siempre sin fatigarse por nada, dió en la manía de asistir á cierta casa de Chorrillos, saliendo todas las noches aliviado del peso de su cartera,

que iba siempre cargada y siempre volvía sin carga. Tales y tan menudos fueron los golpes, que le abrieron brecha. El chico perdía carnes y colores y se tornó sombrío. Una mañana le hallaron muerto, dicen que fué de congestion cerebral, aunque hallaron una buena porcion de opio sobre la mesa de noche.

Julio, el apasionado de Elvira, el Romeo de esa Julieta es hoy, admiraos, padre político de su adorada.

—¿Cómo?

—Muy sencillamente; Julio llevó y presentó en casa de su amada á Alberto N., el enemigo del matrimonio, el que pedía pena de horca para los que ingresaran en el gremio. Elvira, chica coquetuela y vivaracha, se propuso hacerle cantar la palinodia á Alberto y desplegó todas sus gracias y seducciones. Pasó un mes y otro mes, y al tercero, Alberto N. pidió la mano de Elvira y se casó con ella.

Por supuesto, Julio tomó las estrellas con las manos; pero siendo pobre y sin grandes esperanzas, creyó oportuno consolarse de las calabazas uniéndose á la madre de Elvira, cuarentona, fresca y rica. Los cuatro pasan ahora su luna de miel en Chancaay.

Armando, que soñaba enriquecerse á todo trance, navegaba por los mares de la China y comerciaba en carnes, solo que no eran de vaca sino de chino. Un día los *coolies* incendiaron el buque y allí se hundió Sanson con todos sus filisteos.

De mí, sé decir que no me ha ido ni bien ni mal, ni pobre ni ricamente, y voy tirando, tirando hasta que se arranque.

—En cuanto á mí, señores, dijo Pedro, se han cumplido mis propósitos, dije que presidiría algo mas que una asamblea de amigos; en efecto recaudo el derecho de sisa de cerdos y siempre me rodea una numerosa asamblea.

«¡Oh variedad comun, mudanza cierta!»

Lo que méenos se piensa eso sucede; prever el porvenir, sujetar la suerte, es imperdonable orgullo que las decepciones castigan.

Mejor que el agua es el vino
En pudiéndose escojer;
Mas, pobre y rico á la fuente
Marchan, si aprieta la sed,
Y beben donde bebieron
El asno, el cerdo, y el buey;
Lo que indica *claris verbis*
La verdad del dicho aquel;
«Nadie con orgullo diga,
De esta agua no beberé»

JULIO L. JAIMES.

Un armario (1).

Los amigos officiosos y serviciales son muy raros en todos los paises, pero en particular en Paris; hay sin embargo algunos, entre los cuales citarémos, como modelo, á Benedicto F... Celoso de ajenos intereses, Benedicto ha despreciado siempre los suyos de manera que se encuentra pobre despues de haber salvado la fortuna de muchos de sus amigos. Adornado de las cualidades necesarias para agradar y lucir, ha obtenido en el mundo muy pocas conquistas; porque ha perdido lo mejor de su tiempo y sus cuidados en multitud de aventuras en que solo desempeñaba un papel secundario.

(1) Este artículo forma parte de una série de folletines escritos ahora treinta y dos años. (¡Quién los tuviera de ménos!)

Es preciso que el placer de servir tenga grandes atractivos para el benévolo corazón de Benedicto, pues en muchas ocasiones la ingratitud ha sido la recompensa de sus desvelos. Las más atrevidas empresas no ahuyentan su celo; así es que continuamente se ha visto en circunstancias embarazosas.

Ultimamente supo que uno de sus amigos, Leopoldo V....., que salió de París con el objeto de pasar algunos meses en Italia, apresuraba su regreso y volvía con la intención de casarse con una joven viuda recientemente llegada de Marsella. Este casamiento se había arreglado por correspondencia y era fundado en antiguas relaciones de familia.—¡Casarse sin conocerse! dijo Benedicto, temblando por los destinos conyugales de sus amigos. ¡Qué imprudencia! Leopoldo no abrigaba ninguna inquietud sobre este punto; tenía una ciega confianza en las informaciones que se le habían dado. Pero si esto era bastante para el futuro novio, no lo era para el amigo afectuoso y leal.

El proyecto de Benedicto fué bien pronto concebido, y resolvió someter á Paulina, la joven viuda, á una prueba decisiva. Se trataba nada menos que de tentar una seducción. Las ventajas que poseía Benedicto debían servirle en esta temeraria empresa, y para hacerse más irresistible quería recurrir al lujo y á presentarse como un hombre opulento y altamente colocado en la sociedad. Jamás había empleado un expediente semejante para un asunto personal; pero, en este caso, por servir á un amigo, el fin justificaba los medios y honraba, á sus ojos, la astucia y la mentira.

Benedicto estaba preparado para su empresa y dispuesto á introducirse en casa de la viuda en la primera ocasión que se presentase. Esta ocasión no tardó. Benedicto encontró á Paulina, en un paseo, la siguió con notable afectación y cuando ella llegó á su casa, tuvo la audacia de presentarsele.

Rara vez desagrada la audacia á una viuda, sobre todo si tal defecto está acompañado de cierta gracia. Benedicto desplegaba bastante talento en servicio de sus amigos. Para salvar lo embarazoso de su posición, franqueó con admirable ingenio las primeras dificultades, empeñó la más divertida conversación, y se encontró bien pronto en las más ventajosas circunstancias. Paulina mereció toda la confianza y consideración de Benedicto; pero ella, como todas las mujeres jóvenes y bonitas, abrigaba, en el fondo de su corazón, un pequeño germen de coquetería que podía desarrollarse fácilmente; ignorante de las costumbres parisienses y poseída de un vivo amor propio, (y ajeno), temía aparecer ridícula, mostrando una severidad fuera de propósito. Además Benedicto le pareció un hombre galán, fino y bien educado, y pensó que en cualquier tiempo podía recurrir á medidas rigurosas, en caso de tener algún faltamiento de respeto.

Benedicto, por su parte, empezó á temer menos los resultados de la ligereza y precipitación de Leopoldo, admirando los encantos de la viuda. Talla fina y esvelta, lindos y pequeños pies, grandes ojos, negros, seductora sonrisa, nada le faltaba para hacerla amable. Las más preciosas cualidades del alma se revelaban en la expresión de su gracioso rostro y en su alabastrina y pura frente sombreada de crespos, de una magnífica y muy negra cabellera.

Todo esto, decía para sí Benedicto, tranquiliza y empeña; pero, ¡entre las mujeres las apariencias son tan engañosas!...

En el momento que hacia tales reflexiones tan poco caritativas, un campanillazo resonó en la puerta del aposento. La viuda se turbó visiblemente.

—¡Es mi hermano! dijo levantándose, retirese usted, señor; no quiero que lo encuentre á U. aquí; sería necesario darle una explicación... difícil, porque caigo en cuenta, aunque muy tarde, de que he cometido una imprudencia en recibir á V. Salga V. por ese gabinete que dá paso á una escalera... Yo voy al encuentro de mi hermano, para entreterlo.

Benedicto, tan sorprendido como disgustado de verse interrumpido en lo mejor de su conversación, dió un paso hacia la salida que se le había indicado; pero al momento se detuvo, preguntándose:

—¿Huir? y ¿por qué? He venido para hacer una investigación y tocaré retirada en el instante decisivo? ¡No! este hermano me parece sospechoso: la viuda manifiesta una acusadora turbación. Quiero saber la verdad ántes de abandonar el terreno.

En lugar de dirigirse al gabinete, examinó el campo para buscar un lugar donde ponerse en observación. Había en la sala un gran armario en el cual se introdujo, cerrando vivamente la puerta á causa de percibir el ruido de pasos que se acercaban.

El puesto era favorable, si no para ver, á lo menos para escuchar; el escondido fijó la atención; el ruido había cesado; los pasos se habían dirigido hácia otro lado. ¡Silencio completo!

Tranquilizado del peligro de ser descubierto, el observador se armó de paciencia. El escondite no era muy incómodo; era un armario bastante profundo, ancho y enteramente desocupado y permitía, á favor de esta circunstancia, moverse y aun sentarse. Benedicto aprovechó de estas ventajas después de media hora de inútil expectación.

Reinaba siempre el mismo silencio; la viuda y su hermano no volvían y el observador se impacientaba. Sostenido, al principio, por la importancia del servicio que hacía á su amigo, el celo de la amistad bastó para calentarlo algún tiempo; pero, al cabo de dos horas, sintió el cansancio y el frío; en vano mudaba de posición cada minuto, y se soplaba los dedos; estaba deshecho y helado. Su prisión le pareció entonces insoportable y quiso salir de ella á todo precio.

Sacudió las puertas del armario; pero éstas, por un mecanismo particular, se habían cerrado como con llave. Pedir socorro era un simple medio de obtener soltura, pero quiso ántes tentar otro recurso.

Hemos dicho que había penetrado en casa de Paulina con la formal intención de hacer el papel de un seductor. A este efecto se armó de todos los accesorios que le eran indispensables. Según el giro de la conversación, podía ser necesario manifestar arrebatos de amor y de desesperación; y para semejantes lances llevaba, en su bolsillo, un puñalito damasquino, que, á decir verdad, era más bien una bonita alhaja que una arma terrible. Sin embargo, este delicado puñal fué el instrumento de su libertad. Benedicto lo desenvainó y, después de buscar la chapa, lo introdujo en ella é hizo ceder el resorte. El amor á la libertad le prestó fuerzas y astucia; la puerta del armario se abrió.—

Era ya de noche.—Benedicto, al salir de su oscura prisión, ve una luz en la pieza vecina, avanza lentamente, poniendo apenas los pies so-

bre la alfombra y conteniendo la respiración.—No encuentra alma viviente, y en la sala iluminada divisa una mesa con dos cubiertos y una cena á medio servir.

Paulina y su hermano van á cenar á solas, dijo Benedicto lanzando una ávida mirada á un fragante pastel de perdicés.

Benedicto no era gastrónomo ni glotón, pero estaba sin comer y su estómago era presa de las exigencias de un violento apetito.

Un ligero ruido se oye, el preso libertado se sorprende; pero la curiosidad vence en él á toda consideración; atraviesa el comedor y siguiendo la dirección de donde creyó que venía el ruido, se encuentra en la puerta de un saloncito adornado con elegancia. Descubre desde la primera ojeada un espectáculo que le agrada y tranquiliza. Una mujer vestida de blanco, estaba recostada sobre un sofá y profundamente dormida.

—Se marchó el hermano, dijo Benedicto, la viuda está sola; entremos.

La ocasión era excelente para recobrar nuevo valor y desquitarse del largo encierro volviendo á tomar la conversación tan importunamente interrumpida. Se acercó al sofá, siempre con infinitas precauciones; pero concibase cual sería su admiración, cuando aproximándose á la encantadora mujer dormida, vé que su rostro estaba oculto en los espesos rizos de un pelo bastante rubio.

—¡No es la viuda! exclamó, sin poder reprimir la expresión de su sorpresa.

A estas palabras, recordó la dormida, quien sorprendiéndose á su vez le dijo:

—¿Qué quiere U. señor? ¿Cómo ha entrado U. aquí?

—He venido á hacer una visita á Paulina, contestó Benedicto, después de un momento de turbación.

—U. se engaña; aquí no hay ninguna Paulina. —Ah! Bah! esa es buena... hace un rato que la he visto en este departamento.

—Sí; sí, es posible... Una cliente de mi tutor, sin duda, que vino á consultarle.

—No señorita, Paulina vive aquí,

—¿Está U. seguro?

—Y muy seguro.

—¡Cosa extraña! mi tutor no me ha dicho nada.

—¿Dónde está su tutor de U.? preguntó tímidamente Benedicto.

—Ha salido. Ibamos á cenar y lo vinieron á llamar con mucha exigencia para una consulta.

—¿Su tutor de U. es médico?

—Si señor: el Dr. Herbiér. ¿Pero si U. no lo conoce, cómo es que está U. en esta casa?

—Dispense U., señorita; lo conozco perfectamente; Herbiér es uno de mis amigos de colegio.

—No puede ser; él tiene cuando menos doble edad que U.

—Sí, señorita, es verdad; el doble cuando menos..., porque él era mi profesor en el colejio.

—¿Tal vez está U. convidado á cenar?

—Precisamente.

—Lo celebro mucho; no me desagrada la visita de U.

—Oh! señorita; eso es muy lisongero para mí.

—Sí... yo tenía miedo; Catalina, la sirvienta, está con jaqueca y se ha recogido á su cuarto, estoy sola en este departamento tan grande y no estaba tranquila; así es que no dormía sino á medias.

—Ahora tiene U. un protector, dijo Benedicto, riendo.

—¿Se rie U? ¿se burla U. de mí? No es extraño que yo sea tímida; ayer no mas he salido del convento.

—¿Hola?

—¿Mi tutor no le ha hablado á U. nunca de mí?

—Oh! que sí; continuamente me hablaba de U.

—Ah! Dios mio!... Tal vez pueda U. instruirme en una cosa que me inquieta mucho.

—Herbier no tiene secretos para mí.

—Entónces, dígame U. si es cierto que tiene el proyecto de casarse conmigo?

—¿El?... ¿á su edad?... Vamos...!

—Eso mismo me decía yo; él es muy viejo para mí. Mis amigas del convento habían hecho correr esa voz.

—Para asustar á U.

—Bien había de qué.

—U. tan niña y tan bella necesita para marido un jóven.

—Eso mismo pensaba yo.

—Su tutor de U. escojerá entre sus amigos á aquel cuya edad sea mas proporcionada á la de U.

—Ah! Dios mio!

—¿Qué tiene U?

—Una idea me ha ocurrido de repente; lo que U. me acaba de decir.....

—¿U. baja los ojos? ¿y por que?

—Porque creo adivinar.....

—¿Y si fuera cierto lo que cree U. adivinar, estaría U. contenta?

La pupila del Doctor no contestó á esta pregunta; su embarazo y su turbacion le quitaron la palabra. Benedicto no sabía qué pensar de esta aventura.

¿Qué se habían vuelto la viuda y su hermano? Pero qué le importaba; estaba cerca de una jóven encantadora, bella, graciosa, ingénua y sin defensa contra las redes de la seducción.

—Señorita, dijo, su tutor de U. ha sido llamado para una grave operacion; no volverá sin duda hasta bien tarde; creo que haríamos muy bien en cenar.

Esta proposicion fué aceptada y Benedicto hizo grandes honores al pastel y al vino del Doctor, alentando nuevamente la conversacion con la inocente pupila; ella se llamaba Elisa y estaba muy contenta de tener un enamorado, un marido. Benedicto supo ésto de su boca y quien sabe lo demás que hubiera sabido, si su conversacion no fuera interrumpida como lo fué con Paulina.—Un campanillazo resonó á lo mejor.

—Mi tutor! dijo Elisa sin turbarse.—Catalina, Catalina, vé á abrir.—¿Adonde vá U., señor?

—No quiero que me vea cenando... sálgale U. al encuentro. Yo me presentaré dentro de un instante.

Diciendo estas palabras, Benedicto, que se hubiera visto en apuros para explicar su presencia y la parte activa que había tomado en la cena, se alejó rápidamente y fué á buscar la salida que le había indicado Paulina; no le fué posible encontrarla y tuvo que recurrir al armario cuya puerta quiso dejar entreabierta, pero que cediendo á su mecanismo se cerró violentamente. Benedicto se consoló de este accidente, pensando en que su pupil le serviría de llave, y en efecto, pasados cinco minutos, repitió su maniobra y salió.

Una profunda oscuridad reinaba á su alrededor; habría dado unos veinte pasos, llamando en voz baja á Elisa, cuando otra voz que no reconoció de pronto, le respondió:

—¿Eres tú, hermano mio? ¿Has renunciado á tu proyecto de ir al teatro? Espera un instante,

he apagado la luz y busco lo necesario para encenderla.

Una pajueta esparció al momento una viva luz; Benedicto reconoció á la viuda, dió un grito de admiracion, y volviendo sobre sus pasos se escondió por tercera vez en el armario.

Apénas había entrado, cuando la puerta se abrió.

—Estoy perdido, dijo.

—¿Qué hace U. allí? Hace un cuarto de hora que lo busco.

Reconoció el acento de Elisa, y eso le bastó para volver en sí de su sorpresa.

—¿Es U., Elisa? preguntó balbuciente.

—Sin duda ¿Quién quiere U. que sea?

—Es que hace un instante que he visto á otra mujer.

—Sí; una mujer que ha venido de parte de mi tutor para decirme que él no vendrá hasta de aquí á una hora; ya se fué....

—Está U. cierta?

—Yo misma he cerrado la puerta.

—Cosa extraña!

—¿Qué hay de extraño en esto?

—Yo no sé, pero experimento una emocion.

—No estemós aquí; he dejado la luz en la antecámara. ¿No quiere U. acabar de cenar?

—No, Elisa, no.

Un cuarto de hora habia pasado y se oyó otro campanillazo. Benedicto tuvo que volver al armario por un motivo mas grave que la vez anterior.

Su estacion no fué larga. Una voz bastante ruda preguntó:

—¿Has buscado por todas partes?

—Sí; contestó una mujer.

—Entónces te has engañado.

—Oh! no; estoy segura de haber oido ruido, y visto una forma humana.

—Pero yo lo he registrado todo. Ah! excepto el armario..... ¡Qué veo! ¡Un hombre!

—Escuche U., mi respetable Doctor, exclamó Benedicto que se sintió tomado del pescuezo por una robusta mano.

—¡Gran Dios! exclamó Paulina; el jóven de esta tarde.

—¿Por qué me llama U. Doctor? preguntó el hermano de la viuda.

Benedicto, notando el vestido é insignias de la persona con quien se las había, contestó:

—Oígame U., señor Capitan; pero sepa ante todo que estoy dispuesto á reparar la ofensa que le hecho; yo me casaré con la señorita.

—¿De qué ofensas habla U.?

—¿Qué no las adivina U.?

—¿Qué dice U.? exclamó la viuda; ¿sería U. capaz de calumniarme para obligarme á que le diera mi mano?

—No se trata de U., señora; sino de la señorita Elisa. Yo he pasado aquí la noche conversando con ella.

—¿Aquí? Está U. loco, señor? replicó la viuda.

—No, hermana mia, replicó el Capitan sonriendo, ya caigo en el *quid pro quo*.....

Se dirigió al armario, y abrió las dos puertas; una se abría para el departamento de Paulina, la otra para el del Doctor.

—Es un olvido de mi parte, continuó, yo quería haber hecho condenar estas puertas ó á lo ménos prevenirte. Ocupo hace siete años esta casa donde te he recibido hace quince dias.

En el mismo instante se presentó por el lado

opuesto la cara espantada del Dr. Herbier, exclamando:

—¿Qué es esto? Qué significan estas puertas abiertas?

—Una demanda de casamiento, contestó riendo el Capitan; el señor quiere casarse con la pupila de U., y se ha servido de esta vía para obviar formalidades; el misterio de esta doble puerta debe de enseñar á U., mi querido Dr., que haría U. muy mal en casarse, á su edad, con una mujer jóven y bonita.

Leopoldo llegó á Paris quince dias despues de este suceso y su casamiento con Paulina se realizó el mismo dia que el de Benedicto con Elisa. Leopoldo supo, de boca de su amigo, el origen de sus escondites en el armario de doble puerta, y ambos recién casados, para perpétuo recuerdo de la aventura, siguieron viviendo en los mismos departamentos. El capitan cedió el suyo á Paulina y el Dr., cuando vió frustrado su casamiento con Elisa, se redujo á una habitacion ménos extensa. Las dos puertas del armario estaban siempre abiertas y servían de comunicacion á ambas familias que, á bien decir, formaban una sola.

MANUEL A. FUENTES.

Los simpáticos.

El mundo está lleno de simpáticos.

Fulano de Tal es feo, pobre, informal, murmurador... pero ¡ya se vé! es tan simpático!

¿Y quiere U. decirme qué es simpatía?

Una sociedad de literatos que tuvo la mala ocurrencia de componer un pésimo diccionario de la lengua, dijo, al definir este vocablo:

“Correspondencia ó afinidad que *los antiguos* creyeron que habia entre algunos *cueros*, por sus propiedades.”

¡Amárreme U. la definicion de esos literatos anónimos!

Con que correspondencia que los antiguos creyeron que había?

¿Y creyeron que había esa afinidad ó correspondencia, entre *algunos cueros*?

Ergo, la simpatía nada tiene que ver con el alma?

Segun ese peregrino raciocinio de observacion, D. Cárlos Frontaura y yo debíamos ser *simpáticos* el uno para el otro, no por lo de ser eminentes, (que eso lo es él y no yo), sino por lo de ser feitos.

Y un cojo debía simpatizar con otro *dividuo* cojo; y un tuerto con otro tuerto; y un Empresario de toros, con los toros mismos! Desde que se trata, esencial y exclusivamente de *cueros*, todos los batallones del Ejército debieran simpatizar entre sí... ¡Remedio eficaz contra las revoluciones!

Lo dicho, los señores literatos pueden guardarse su definicion, envuelta en papel de estraza.

Pero veo que mas abajo, los señores sabios del Diccionario, tratan de corregir la definicion de los *antiguos* y dicen:

“*Simpatía*.—La semejanza ó conformidad que algunos (*¿algunos, qué?*) tienen entre si, por sus inclinaciones ó propiedades.”

¡Ajá! Esa ya es harina de otro molino y de otro costal.

Efectivamente, un ricacho simpatiza con otro ricacho. Se hablan por vez primera y dicen:

—¿Tiene U. cuenta corriente en el Banco?

—Sí señor: medio millon ¿y U.?

—Yo tengo otro medio millon.

—Hombre! qué simpático me es U!

—Caramba! También U. me inspira mucha simpatía.

—¿Quiere U. que fundemos una sociedad anónima, para despellejar á todo bicho viviente ó un Banco de emision para guardarnos la plata y pagar en pliegos de aleluyas?

—Cómo no hé de querer? Hombre! si esto es maravilloso, fenomenal, estupendo. Pagarémos á nuestros *tenedores*, en *cucharadas* de manteca! Tenemos las mismas *inclinaciones*.

—Y las mismas *propiedades*!

—Caramba! pero qué simpático me es U!

—Mi ideal vaga por las etéreas regiones de los astros! Soy una alma errante, soy un sér sin par; creo en el espiritismo y no como carne!

—Ay! Amarilis... yo vivo en el arte de la contemplacion...

—U. me comprende, Dalmiro.

—Su alma de U. y la mía, se abrazan en el espacio.

—¡Ah!—cerrando los ojos.—¡Qué deliquio tan bello!

—Oh!—arqueando los ojos y poniéndolos en blanco.—¡Dios nos ha creado para el amor!

Estos jóvenes *simpáticos* se casan: á los cinco meses *ella* muere de inanicion; *él* se dedica á *vago* y acaba en la casa de orates.

—Mira, mujer, que te rompo una clavícula!

—Mira, esposo, que te largo un botellazo.

—Es U. una harpía!

—Es U. un hotentote!

—Tris!

—Tras!

—Paf!

—Pif!

(*La suegra, apareciendo.*) Salvaje! Qué hace U. con mi niña?

Aquí tienen ustedes tres seres unidos por la conformidad de inclinaciones.

El es un tigre: ella una pantera... la suegra, una... una... señora mayor que tiene hija casada.

Me parece que no puede ser mas mútua y conforme la correspondencia entre esos dos cuerpos modernos y uno antiguo.

—Ha visitado U. á ese músico francés que acaba de llegar?

—Nó, pero me lo han presentado ayer en el Club.

—¿Y qué le ha parecido á U?

—Es bastante *feo*.

—Y un poco muy hablador.

—Y exajeradito!

—Y descuidado en el vestir!

—Sí, pero le encuentro *fuertemente* simpático...

—Ah! indudablemente... es muy simpático!

A los tres meses, el simpático se ha largado con la música á otra parte, clavando en quinientos pesos á cada uno de sus admiradores.

—¿Qué tal vamos de simpatías, caballeros?

Lo cierto es que los simpáticos encuentran abiertas todas las puertas y pegan cada chasco que canta el Credo.

Yo creo que eso de la simpatía, es el *gancho* de los caballeros de industria.

¿Há conocido U. pillo que no sea simpático?

Encuentra U. por ahí un hombre sério, grave, taciturno, poco obsequioso y nada comunicativo.

—¿Qué le parece á U. D. Fulano?

—Hombre! Lleva ya veinte años de residencia

en Lima; á nadie debe, vive de su trabajo; es hombre formal, sóbrio, prudente...

—Sí: todo eso es cierto pero no me negará U. una cosa...

—Cuál?

—Qué es muy antipático!

—Ah! eso es verdad... tiene cara de pocos amigos!

Lector: ¿há deducido U. algunas moraleja, de estas pinceladas?

Chiton! No se nos enojen los *simpáticos*.

E. P. Buxó.

Términos forenses.

El tecnicismo de que he sido víctima en un juzgado de paz, en donde el juez lego estaba de guerra con el sentido comun, me ha sujerido la idea de escribir mis impresiones á guisa de los viajeros, que so pretexto de tales impresiones endilgan disparate y medio en letras de molde todavía.

No dejó de hacerme cosquillas, oír en el *santuario* de la ley aquello de *vista de ojos*.

Pues, con perdon de las viejas,

Al dicho seguí la pista,

Y creo bien que la vista

No existirá en las orejas.

Pero este disparate jurídico me pareció niño de pechos comparado con este otro:

Purgar la mora.

Dije para mi capote ó para mi saquito: en estos *establecimientos* no se conoce ni por el forro la higiene.

Y sin embargo, ó no obstante

De que el dicho me devora,

¿Ha de ser por fuerza mora

La madama del purgante?

¿No es cosa sencilla y llana

Que un juez de aquesta arquidiócesis

Haga que tome igual dósís

Cualquiera niña cristiana?

Perdiéndome en conjeturas, supe por fin que el tal dicharacho significa que el litigante moroso en concurrir á las citaciones, purga su dilacion soltando algunos billetes.

Y quedé enterado de la etimología y enterrado de vergüenza por el dicho y el hecho.

Otra voz ménos chistosa, pero bastante lucrativa, fué en mi concepto aquella de

DECLINAR DE JURISDICCION.

Noté que con gran pechuga,

(Como la ley determina)

Cada vez que el juez declina

El escribano conjuga.

Y en verdad que la persona paciente, gramaticalmente hablando, es el pobre litigante á quien

Mediante tales vocablos

Y tanto y tanto estribillo,

Le van planchando el bolsillo

Y se lo llevan los diablos.

ACISCLO VILLARAN.

¡Que tal dote!

—¡Cochero, aquí! Aquí pare usted. ¿Nó le dije en la fotografia? puf...!qué calor! qué calor! Si esto es para asfixiarse!

—Señor, muy buenos días: ¿usted será el fotógrafo?

—No, no señora. Estoy viendo los cuadros.

—Pero ¿qué es esto? ¿aquí no hay nadie? ¿con quién se entiende una?

—Parece que usted viene á retratarse en traje de novia. El dependiente ha ido al frente; pero usted deberá subir cuando la persona que está adentro baje...

—¿Y qué haré todo este tiempo? veré pues los cuadros. Escojeré postura ¿cuál será el mejor cuadro de matrimonio?

—Señora, usted perdone; aunque no tengo el honor de conocerla, pero le haré á V. presente que mientras no llegue el novio no podrá V. arreglar la postura.

—Y ¿á V. que le importa? ¡Vaya un hombre intruso! ¡qué le vá ni le viene con mi novio! Tenga V. la bondad de seguir viendo los cuadros. ¿Quién le ha dado vela en este entierro? ¡Qué satisfacción! Ciertamente que hay algunas personas que...

El desconocido, interrumpiéndola: —Yo no le he dicho á V. nada ofensivo, señora. Creí de mi deber contestarla y, á mas, ví una novia sola sin novio.....

Este diálogo entablaba una señora, llamada D.^a Petrona, gorda y baja y de rostro aserranado y con señales claras de haber pasado mas de cincuenta y una pascuas, con un *quidam* de blusa verde, hombre al parecer sensato y que casualmente se hallaba allí; y al ver bajar éste torbellino, ya jamon, en traje de novia, con coronas de azahares, cuando ya se conocía que no había narajos en su pueblo, y cubierto el rostro con largo velo que le venia como cortina á las barberías del pais; al ver, pues, como digo, este envoltorio, le causó extrañeza y efectivamente le mordió el gusano de la curiosidad; y por una tendencia natural se echó en lengua con la señora, sintiendo sí, no alzar el telon y comprender el desenlace de esa petipieza. Cortado el desconocido por la inesperada descarga de palabras y manoteos y chispazos de saliva, se vió obligado á ponerse en salvo sin llegar á ser espectador y así dijo: ¡Al diablo con la mujer! que tiene corage el hombre que coja esta novia! ¡Si es una bola de fuego! Un matrimonio con la tal...será un purgatorio perpétuo.

D.^a Petrona, llena de respingos y brinquetes, sube al tablado del retratista cuando efectivamente bajaba de éste una señora con cinco niños aparejados, si no con lujo, con cuanto de ropaje podían contener. Todos nacidos en ménos de dos lustros; el último de ellos, como de un año, todo lloroso, y los otros entre asustados y sofocados, merced á los estrujones de la madre y los acomodos del retratista que, desde las nueve del día, entró en batalla con este ejército, pugnando por sacar un grupo casi regular, despues de pérdidas diez y ocho planchas. ¡Oh dias felices los que tienen los fotógrafos! Este tuvo que ser completo con D.^a Petrona. Una vez la Tarmaña dentro, fué tanto lo que encargó al fotógrafo, tanto lo que aumentó la sofocacion de éste, que tenía al artista asonsado; pues lo poco que quería no era otra cosa, que le pusiera los ojos grandes, teniéndolos chicos; y chica la boca teniéndola grande.

El fotógrafo á todo afirmaba.

—Que no me saque usted tan gruesa.

—Está bien.

—Ni tan trigueña.

—Harémos lo posible.

—Deme usted una espresion de viveza.

—Lo que yo le diera á usted, (decía por lo bajo), sería un balazo.

—Si usted logra, prosiguió ella, hacerme mejor de lo que soy, pues mi porvenir depende de esto, pago el doble.

—Señora: le haré un querubin; pero V. quiere un retrato de matrimonio ¿y el novio?

—El novio está léjos de aquí, y precisamente quiero que deje usted el espacio necesario para completar el cuadro.

—Eso es imposible, señora, solo que busquemos una persona que se coloque junto á usted y se le cubra la cara, que es lo único que podrá ponerse recortada despues; porque lo que es el cuerpo no importa.

—¡Como, que no importa! para una novia es un asunto de importancia.

—Quiero decir, señora, que no se conocerá.

Y así sirvió de novio y con la cara tapada uno de los dependientes de la fotografia, con un trapo blanco que le cubria el rostro; no sin dejar por esto de atribuir la señora la pérdida de la primera plancha, no á los movimientos de rostro que hacia para salir mejor, sino á las morisquetas del dependiente que, sin fijarse en que tenia la cara tapada, no podía ser el que malograra la plancha.

Como éste fué uno de los casos mas raros ocurridos durante el largo ejercicio del fotógrafo, siempre acostumbrado á que las mujeres quieran salir como apetezen sin ser como lo que son, curioso por saber cual sería el mortal al que le cupo en suerte ser el novio de Doña Petrona, hizo averiguaciones con mucho empeño y él, punto por punto me ha referido, todo lo que yo, caros lectores, punto por punto os refiero, con su respectivo desenlace.

Don Carlos Molkaer, alemán pacífico, de profesion estucador, (sin tener que estucar), era el que se hacia del busto de D.^a Petrona, modelo de las mas perfectas imperfecciones.

D.^a Petrona, por uno de esos accidentes ministeriales, obtuvo una dote del gobierno, de cinco mil pesos; lo que, sabido por Molkaer, que trabajaba con el padre de Petrona: una hacienda distante y deseaba aliviar su situacion, echó el ojo, si no á Petrona que ya la habia conocido mandada á Lima en clase de ama de cria, pues que en la hacienda se le habia puesto expedita para esta honrada industria, sino á los cinco mil pesos del consabido dote; escribió á esa y el matrimonio fué arreglado; y á la par que la pomposa contestacion que preparaba á Molkaer con el sí, quería enviarle su retrato en traje de boda. Hé aquí por qué paró el coche el dia ese en casa del fotógrafo.

Diez dias habian trascurrido desde que el alemán poseía el dote en papel y en carne y hueso á D.^a Petrona, cuando, provisto de toda la documentacion necesaria que justificara su matrimonio, se fué abriendo mamparas y salvando obstáculos hasta donde el Ministro del ramo. Molkaer le probó por *a mas b* que él era el legítimo marido de Petrona y que, creyendo en ese documento firmado por el gobierno, habia contraído enlace con esta.

El Ministro, por toda contestacion, le dijo al alemán: «La dote es legal; legal su matrimonio; pero esto se paga por orden.»

—¿Y cuando toca á mí, señorita?

—Mas ó ménos dentro de veinte años.

El alemán enmudeció, salió de allí y escribió á Petrona la siguiente esquela:

«Su dote bueno, mi matrimonio bueno. Yo man-

«tendré á U. pasado veinte años. Yo me marchó, «quede U. bien.»

V. MÉRIDA.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

Hallándose enfermos el Señor Provisor, Doctor D. Miguel Antonio Lama y el escribano, Bachiller D. Benito Neto, el primero con un ataque de *gota*, y el segundo con *tercianas* y *flojeritis sobreaguda*, no ha dado un paso ni para atrás ni para adelante el célebre proceso de trigamia.

Item mas: habiéndose corrido traslado de la demanda al abogado Dr. D. Julio L. Jaimes, encargado de la defensa de la señora Moqueguana, que tambien pretende tener derecho exclusivo á la cornamenta del Toro, dicho letrado ha encontrado mas conveniente á sus intereses andarse en comilonas y en *lunches* oficiales y particulares, que llenar los delicados deberes de su angusto ministerio. (¡Qué deshonra para el foro!) Mientras tanto, las partes interesadas sudan, y las planillas de derechos menudean, de modo que si las cosas siguen como ván, el victorioso en este pleito quedará *in puribus pellejibus*.

Kaleidoscopio.

Inocentadas.

Sepa usted que la linda
Chepita tuvo ayer retortijones,
Solo porque bebió chicha con guinda,
Refresco que produce indigestiones.
La asiste una matrona, y la alhucema,
Que en los hombres produce hasta estornudos,
Dentro del cuarto de dormir se quema
Para espantar, sin duda, los zancudos.
—Eso está bien que el lunes me lo cuentes,
Que hoy estamos en noche de Inocentes.

Al que escriba, en prosa vil,
Un comedion patriotero
Que arder pueda en un candil,
Un diploma le confiero
Y le doy la de á diez mil.

Juan, que ha escrito un mamotreto,
Murmuró luego entre-dientes:
—No me atraparás, sugeto,
Pues yo sé que ese decreto
Es de dia de Inocentes.

Lloraba á todo trapo, Mariquita,
(Hembra que es una alhaja de bonita)
Porque el buen Don Antonio
Se apurase á pedirla en matrimonio,
Y á espaldas suyas, pérfida y farsante,
Citas daba á su primo el estudiante.
Don Antonio creyó en el lloriqueo,
Y pasó el Rubicon sin mas rodeo.
Esto prueba que hay gentes
Que creen en lagrimitas. ¡Inocentes!!!

Herodes Ascalonita,
Famoso por sus delitos,
Hizo con los angelitos
Cosa que no estaba escrita.
Hoy hay peste de pollitos
Que, en lugar de ir á la escuela,
Van donde Broggi ó Capela

A suscribirse á un coctel,
Verigüel.

Lector, no te me incomodes
Si opino, que en nuestro suelo,
Nos vendria muy á pelo
Un Herodes.

R. PALMA.

Donde ménos se piensa.....

(EPISODIO MADRILEÑO)

Don Gil, reposadamente
Y con el mejor talante,
En el café de Levante
Tomaba leche caliente.
Siempre aguardaba puntual
En aquel tranquilo goce
Hasta que daba las doce
El reló del Principal.
A media noche, salia
Del café: se abotonaba
El gaban, y se marchaba
A la casa en que vivia.
Su adorada compañera,
Que es Maria de la O,
Ninguna noche dejó
De alumbrarle en la escalera.
Y así, pues, sin pesadumbre,
Vivia, aunque á alguien le asombre:
Por algo dicen que el hombre
Es animal de costumbre.
Una noche, (eran las diez
Y no llovía), tomaba
La leche que acostumbraba,
Con calma, sin avidez;
Cuando un amigo ¡malvado!
Acercándose á la mesa,
Le dió la peor sorpresa
Que puede darse á un casado.
—¿Sabes que acabo de ver
A tu mujer?...

—¡Estás loco!...

—Que la he visto hace muy poco!
—Digo que no puede ser!
—Me asombro de tu rudeza.
—Pero ¿dónde, majadero?
—Iba con un caballero
Por la calle de Hortaleza.
—¿Qué dices?

—Yo les seguí

Con cierta curiosidad
Que me inspiró la amistad
Noble que me liga á ti.
Reparé que iban inquietos;
Yo me oculté, ellos pasaron,
Y, mas tranquilos, bajaron
Por la ronda á Recoletos.
—¿Sabes dónde están? ¡recuerda,
¡Infelices si los pilló!
—Están en el Jardinillo,
Tercer banco de la izquierda.
—¡Oh, María de la O!
Castigaré tu cinismo....
Voy á marchar ahora mismo.
¡O! sabré vengarme ¡oh!
Como está oscura la noche
Iré sin que ella sospeche—
Dijo Gil; pagó la leche,
Salió á escape y tomó un coche.
—¡A la Cibeles!—gritó,
Al meterse en la berlina...
Si vas volando, hay propina,
¡Si no vuela el coche, no!

—¡Verá usted como no huelgo!
Dijo el otro en gallegazo ;
Y despues de un latigazo,
Se oyó quejarse al jamelgo.
Llegó al punto que anhelaba
Gil, por su honor inseguro,
Y dió al simon (1) medio duro
Sin saber lo que le daba.
—Les mataré aunque me pierda,—
Murmuró,—¡Bribones, pillos!
¡Están en los jardinillos,
Tercer banco de la izquierda!
De repente, se paró,
Llevó una mano á la frente,
Y en la verja de la fuente,
La otra mano colocó.
—¿Qué voy á hacer? Cosa clara!
Está visto...soy un bolo...
Si los pillo yendo solo,
Como si no los pillara.
Debo ir con la autoridad,
A fin de que me proteja.
¡Si yo hallara una pareja
Por una casualidad!
Se daba á los diablos Gil,
Víctima de Capricornio,
Cuando divisó un tricornio...
Pasaba un guardia civil.
—¡Guardia! ¡Guardia!
—¡Soy sargento!
—Pues bien, sargento; haga usted
La incomparable merced
De acompañarme un momento.
—¡Caballero! es imposible;
Llevo un parte al coronel
Y soy á mi encargo fiel...
—Se trata de un lance horrible.
Es un asunto de honor,
Una cuestion de familia
Muy grave, y si usted me auxilia,
Podrá ser mi salvador.
Agarróse al civil, Gil,
El civil se resistia,
Porque á la verdad, tenia
Un genio... poco civil.
—¡Esto no es de mi Instituto,
Caballero, lo repito!
—¡Basta!... disculpas no admito...
—Pero no sea usted bruto!
Además, que mi mujer
Me aguardará sin dormir,
Porque hoy no he podido ir
A la hora de comer.
Gil no atendia: arrastraba
Desesperado al sargento,
Y con impulso violento
Sus galones arrancaba.
De pronto, entre los insultos
De su víctima, lanzó
Un grito espantoso...—¡Oh!
¿Vé usted aquellos dos bultos?
—Un hombre y una mujer...
¡Eso abunda por aquí!
—¡Es que están sentados!
—¡Sí!
—¡Les vamos á sorprender!
Y llegando por detrás
Al banco con precancion,
Exclamó echando el pulmon...
—¡Infame! ¡tu morirás!

Pero es preciso saber
Que esto no lo dijo Gil...
¡Lo dijo el guardia civil,
Conociendo á su mujer!
.....
El amigo que le dió
A Gil tan falsa noticia,
Desde un pueblo de Galicia,
Poco despues escribió:
—“Aquel susto que te dí
«Fué una broma y nada mas,
«Que tú me dispensarás...
«Ya sabes... ¡yo soy así!»
No busque usted al sargento,
Se fue á Cuba y no volvió...
Así me lo han dicho, y yo
Lo que me contaron, cuento.

ELOY P. BUXÓ.

Luciendo la contraespalda
Estaba la hermosa Julia,
En la selecta tertulia
Del Marqués de la Esmeralda.
Hablabá con Blas y al techo
Mirando con desvarío,
Dijo: —Escuche, amigo mio,
Voy á abrirle á usted el pecho.—
Atónico quedó Blas;
Pero no era un tagarote,
Y así, mirando al escote,
La dijo con sorna —¿Más?

—¿Qué le parece á usted Guido,
El tenor recién venido?...
—¡Es muy pollo... no lo callo!
—Sí; muy pollo, convenido;
Pero no dá ningun gallo!

—Y la Segura?
—En figura
Nada ganó, ya lo sé;
Pero en cualquier partitura,
Ha de estar hoy la Segura,
Mas segura que se fué.

No sé yo por qué al cesante
Le llaman *indefinido*,
Cuando es del hambre constante
Y del dolor sostenido,
Definición ambulante.

Mercedes quemó ayer cartas de amores
De cuatro ó seis de sus adoradores;
Y otras cartas, tambien apasionadas,
Vienen á reemplazar á las quemadas.
*Esto prueba á cualquiera,
Que no es solo el Gobierno el que incinera.*

Un librero ambulante, tuno fino,
De charla alegre y de ruiseño empaque,
Que cruza de contino,
Por un ferrocarril— el trasandino,—
Para vender llevóse mi *Almanaque*.
Lo vendió; y como el mozo no es muy lerdo
Me dijo: si te hé visto no me acuerdo.
*Aquí tienes, lector,
Los gajes del oficio de Editor.*

Durante la última corrida de toros, que fué la
primera de temporada, un entusiasta ofreció *chi-
cha* al matador *Capita*.

Al ver el vaso descomunal que contenía el sa-
broso jugo, *Capita* abrió tamaños ojos y exclamó:
—Digasté, camará... ¿por qué sá traío osté er
baño de la familia?

Flor de un día.

—¡Lola! un sagrado deber
Me obliga crudo á partir...
—¿Vas á eclipsarte, *sol mio*,
Sin dejarme cuatro mil?

Idem.

—Si oyes contar de un náufrago la historia
¿Encontrará un sepulcro mi memoria?
—Pues adónde te vas, caro Lupericio?
—¡Ay! me voy á los baños del Comercio!

Don Juan Tenorio.

Una niña conocida
Acostumbra madrugar
Y marcha á Ancon enseguida...
¿Qué sabe ella si hay mas vida,
Ni mas aire en que volar?
Ayer le dió un celador
Bocado al perro de Andrade,
Y un grupo de estos, decía
Contemplando aquel cadáver...
«No hay plazo que no se cumpla
Ni deuda que no se pague.»

Balada.

Pídeme, niña, la de ojos negros,
Amor vehemente, fuego sagrado,
Y sobre el pecho que te idolatra
Haré que al punto pongas tu mano,
Pónla ¿te abrasas?
Tambien, amándote, niña me abraso.
Pídeme versos á tu donaire,
Y sabré hacerlos de aquellos sáficos
Que mas que versos parecen golpes
De granizada: pongo por caso:
“Eres mi vida, mi bien, mi anhelo,
Mi solo encanto.”
Pídeme votos de fiel ternura,
(Pero nó botas de charol caro)
Pues si me pides una peseta
No te molestes... ¡no tengo un cuarto!

Habla un billete de Banco.

Aprended flores de mí,
Lo que vá de ayer á hoy;
Ayer cartulina fuí.....
Ya pura manteca soy.

E. P. B.

Falsa posicion.

Se pone Don Sinforoso
Medio casquete en la nuca,
Y á Juan le dice, furioso,
Voy á echarte una *peluca*.

Imposible fisico.

De la bolsa financiera
El buen corredor es cojo.
¡Y ese diablo tuvo arrojito
Para emprender la carrera!

Idéntico impedimento.

Hay en la Aduana de un puerto
Y lejano, vista tuerto.

Error de dccion.

—Niña gentil, te amo á prisa,
Decia un gran zascandil

(1) *Simon*, llámase vulgarmente en Madrid al cochero de alquiler.

A la encantadora Luisa.
¿Pero cómo si es gentil
Vá con su cholito á misa?

A. V.

La muchacha Encarnacion
Apellida de la Cuva,
Y ha casado con Juan Ron,
Que vive como una uva:
El fruto de aquella union,
Aunque la plaza no suba,
Será de á peso galon.

Una moza lavandera
Disque plancha por vapor,
Si Señor,
Lo asegura el inspector,
¡Qué primor!
Los chalecos á cualquiera.

Desde que Gil se ha casado
Le queda mal el sombrero;
¡Vive ya tan descuidado!
Que como no se ha pelado
La culpa es del sombrero.

Cantarcillo.

—Aquí le traigo el remedio
Que me pidió el otro día
Y aunque he venido tarde
Aquí está la medicina.
—¿Sá, está U. viciada?
—No es vicio el de la barriga,
Es hinchazon que me viene
De flojedad en las rodillas.
—Señora, mucho trabajo
Cuesta hallar esta pepita,
Porque la fruta es escasa
Y se trae de muy arriba;
Dicen que es cosa muy buena
Para matar las hormigas,
Las moscas y los mosquitos
Y gusanos de polilla.
—Pues yo la tomo, D. Rufo,
Para esta hinchazon maldita,
Pues que se me van los pies
Y me cuesta mil fatigas.
—Para ese mal, mi señora,
No hay mas que andar en la misma,
Que un clavo saca otro clavo,
Y á cornada, asta molida;
Lana de perro, al mordisco,
Y, á la picada de vibora,
El pellejo de la cola
Con pomada de la indigna.
—Todo lo sé bien, D. Rufo,
La cosa por sí se esplica
Que amor con amor se paga
Desden con desden se quita.
Y si no basta todo eso
Sarna con gusto no pica.

I

Melchorita y Baltasar
Nacieron el mismo día,
Del mismo año, y en la calle
Llamada Pachacamilla;
Ambos hijos de secreto,
De los muchos que hubo en Lima,
Corrieron meses tras meses
Y años tras años corrieron,
Y si se vieron de niños,

Fueron perdidos de vista
Que con el tiempo que pasa
Poco es lo que no se olvida.

II

Despues halláronse juntos
En casa de una familia,
Cierta dia á cierta hora,
Baltasar y Melchorita;
Melchorita con bocito,
Y Baltasar con patilla,
Y al mismo tiempo cayeron
En que ambos se conocían.
—Yo creo haber visto á U.
Ahora veinte años, chica.
—Aún no habia yo nacido,
Le contestó Melchorita.
—¿Esta es chiquilla de U.?
—No señor, es de una prima,
—Pues tiene toda su cara.
—Pues no la hallo parecida,
No tengo edad para ello.
—¡Cáspita! que esta no es grilla;
Si yo tengo tres muchachos,
Y ha sido U. mi vecina.

V. M.

Importante.

El Susodicho Don Eleuterio, inspector de los *espectáculos públicos*, ha oficiado al de Castro y Osete, previniéndole que en lo sucesivo no deje de *poner en las listas*, el color de los toros, porque semejante omision, aparte de ser una inmoralidad insoportable, es infractoria de las ordenanzas de los toros.—¡Hombre, qué buey!

Lo que el Susodicho D. Eleuterio debería hacer, para no convertirse en espectáculo público, era suprimir sus oficios y sus ordenanzas, que no tienen ni el mérito de las del Gobernador de la insula Barataria.

Con razon cuando se habla del supra-indicado Don Eleuterio, snele decir el profesor Arosemena: ¡Hombre, qué pote!

Costumbre antigua.

—Buenos dias, señorita,
Dice la niña Dominga
Que haga su mercé el favor
De prestarle su jeringa.

M. A. F.

Remitidos.

¡Qué sombrero!

Ilustres Bromistas:

¿No estuvieron ustedes en el *lunch* dado en el Palacio de la Exposicion en obsequio á S. E. el Presidente de la República?

Lo siento.

La fiesta estuvo espléndida;

El salon adornado con arte militar;

Bello sexo del mas bello sin nada desechable;

Caballeros de todas las elevadas clases sociales;

Mesas bien provistas y bien servidas;

Buen humor general;

Nada de esas embarazosas trabas de la etiqueta oficial.

¿Qué mas podía apetecerse?

Pero... en la mas limpia cara sale un barrito.

El barrito fué un elevadísimo caballero perteneciente al cuerpo diplomático.

Para que no caiga la piedra donde no debe caer, dirémos:

Que ese diplomático no pertenece á ninguna de las Repúblicas Americanas;

Que tampoco pertenece á ninguno de los Estados europeos.

Ese diplomático que, en confianza sea dicho, es feo por carácter, se presentó en el salon de señoras cuando había un número considerable de ellas; se acercó á saludarlas sin quitarse el sombrero;

Pasó toda la tarde y toda la noche con el sombrero puesto;

Tomó al Nuncio del brazo como si fuera él una señora y el Nuncio un comandante de guardia nacional;

En una palabra, el sombrero era el único que no abandonó un momento la cabeza de su eminente propietario.

REFLEXIONES FILOSÓFICAS.—¿Estaba S. E. el Plenipotenciario constipado?

Ha debido entónces quedarse en casa, para no comprometer su importante salud.

¿Tenía el sombrero pegado con cola ó con un perno?

No creemos que tal sea la moda que reine en la corte de su augustó soberano.

¿Habría hecho cosa semejante en presencia de éste y de las señoras mas distinguidas de su pais? No lo creemos.

¿Es desden ó descortesía para con la sociedad peruana?

Se nos hace duro creerlo, pero no encontramos otra explicacion que dar á un procedimiento tan campechano.

¿Era el Sr. Plenipotenciario la persona mas eminente de la reunion?

En nuestro ligero juicio, no es así, porque allí estaba el jefe de la República, Ministros de Estado, otros diplomáticos de igual categoría, magistrados, generales, etc.

¿Qué tenía pues ese augustó sombrero para no desprenderse de esa mas augusta calavera?

La solucion en el próximo número.

Soy de UU. atto. y S. S.

Manuel Antonio Carreño.

LA BROMA.

La Secretaría de la Redaccion y la Administracion de este periódico, están á cargo del que suscribe é instaladas en su domicilio
CALLE DE SAN ANTONIO 141,
bajos,
á donde se dirijirán los señores suscritores para todo abono, reclamacion, etc., etc.

Lima, Noviembre 1.º de 1877.

ELOY P. BUXÓ.

Sumario.

Una astucia de Abascal (tradicion), RICARDO PALMA.—De la circuncision á San Silvestre, JULIO L. JAIMES.— Un armario, MANUEL A. FUENTES.— Los simpáticos, ELOY P. BUXÓ.—Términos forenses, ACISCLO VILLARÁN.—¡Qué tal dote!, V. MÉRIDA.— KALEIDOSCOPIO.— Inocentadas, Donde ménos se piensa, etc., etc.— REMITIDOS.— ¡Qué sombrero!